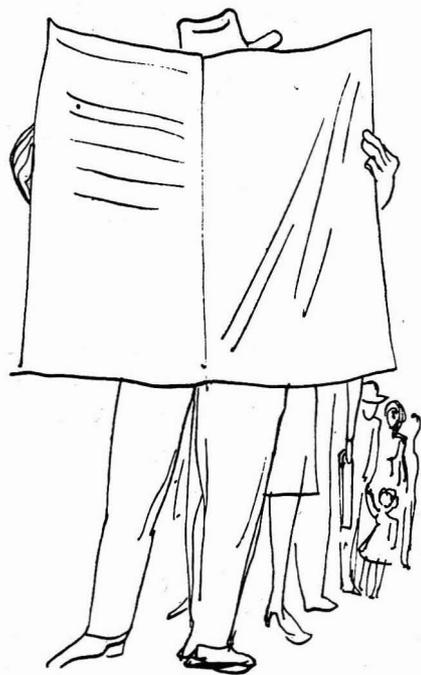


CORREO

EL fin de año nos ha deparado un correo abundante. Y no han faltado en él algunas cartas que bien pudieran alimentar por esta vez la presente sección, ocasionalmente abierta, según ya se sabe, a los buenos y malos humores de su público. Aquí va, pues, el fruto de una selección no del todo arbitraria.

UN PEATON

LA primera carta nos habla de un pequeño gran drama: el de las comunicaciones urbanas: "Yo no tengo automóvil, ni mis actuales medios me permitirán tenerlo en mucho tiempo. En consecuencia, padezco los horrores de esta ausencia de transportes que de pronto se ha desencadenado contra los mansos peatones ciudadanos. No me explico lo que se haya hecho en este renglón, ni concibo que no pueda hacerse nada positivo. Lo cierto es que todos los días, apenas suena la hora de salida en mi oficina, un estremecimiento sacude mi burocrático y sufrido cuerpo ante la angustiada perspectiva, luego fatalmente cumplida, de unas "colas" que se prolongan bajo el sol; de un camión que se dibuja en el horizonte a intervalos aproximados de cincuenta minutos; de una ceremonia cívica en honor del heroico, aunque desconocido, general Pérez (ceremonia que admite ser suplantada sin mayor variación de efectos por una caritativa entrega de regalos en plena vía pública, por el paso de un visitante distinguido, o por una competencia de afamados ciclistas), que desviará irremediablemente la ruta del vehículo que al fin tuve la suerte de abordar... Cuando las autoridades deciden intervenir, la cosa se agrava: por ejemplo, desde que los camiones de las Lomas se dividieron, con la bendición oficial, en dos grupos, uno



LA FERIA



DE

LOS DIAS

de los cuales anticipa su terminal, en la Alameda, el trago de las "colas" respectivas ha adquirido un aspecto de auténtica epopeya municipal, al punto de merecer una folklórica inclusión en el itinerario que los guías de turistas infligen a la extranjera curiosidad de sus rebaños".

UN AUTOMOVILISTA

EN casual contrapartida, otra carta exclama: "¡Soy un automovilista!" Y en términos menos afligidos, si no más resignados, prefiere enumerar esquemáticamente sus agravios: "a) la actual ubicación de toda clase de automóviles y de sus necesarias refacciones, en el plano de los bienes de gran lujo; b) el caos general del tránsito urbano; c) el particular empleo de semáforos enloquecedores en los que se sustituye la luz preventiva (propuesta por el sentido común y la experiencia como una garantía contra repentinos embotellamientos) por duplicadas luces verdes o rojas que acontecen en diversas posiciones, cada una con algún significado esotérico; d) la insostenible anarquía en la pavimentación, repavimentación y pluripavimentación de las calles; e) la continua celebración de actos cívicos que trastornan, sin motivo suficiente ni posible descarga por otras vías, la circulación total; f) la prohibición ca-

prichosa del estacionamiento en las calles, y el impropio patrocinio, mediante aquella, de estacionamientos privados en zonas no tumultuosas ni congestionables; g) las igualmente caprichosas restricciones al tránsito de coches (injustificados sentidos únicos, limitación radical de la vuelta a la izquierda en el curso de largas avenidas enteras; banquetas de seguridad o con quién sabe qué fines, que impiden seguir de frente en una misma calle..."

UN HUMANISTA

EL tercer corresponsal elegido, apartándose de unos temas de cualquier modo interesantes, propicia el empleo de esta sección en consideraciones quizá más acordes con su naturaleza editorial. "Deploro —nos asegura— la monstruosa falta de respeto que desde hace mucho tiempo, pero agudizada en el presente, ha trascendido de la habitual inevitable demagogia a un orden cultural que se presume superior. Esta falta de respeto es doble: ofende a veces a personas concretas y desdora siempre los derechos de la inteligencia. Y se traduce en alegatos, verbales o escritos, poblados de adocenadas injurias personales, ayunos de consistencia, profundidad y nobleza, y reveladores, antes que de un ingenio demoleedor o de una firme posición ideológica, de una incapacidad polémica que no desdora sustentarse en la miseria del espíritu ni contrariar las normas elementales de la caballerosidad. Y aquí repito: ¡caballerosidad! Que es algo muy distinto de la urbanidad convencional y de la ecléctica y mal entendida mansedumbre... Comprendan esto quienes debieren, y se acabó".

COLOFON

PERO nosotros no podríamos dejar allí las cosas. Terminamos, en cambio, deseando con gran optimismo a los lectores nuevas y auténticas aventuras durante el año que ya se inicia.

